

LOS DUELOS

Aquella mañana salimos muy temprano para asistir a la ceremonia del entierro. Cada uno había vestido lo mejor que tenía en vista del importante y doloroso acontecimiento: yo llevaba mi vestido amarillo con cintas y Antonio los zapatos nuevos a los que, a juzgar por las muecas de su cara, aún no había acabado de domar. Nuestra tristeza contrastaba con tanta elegancia y con la luz del sol, que comenzaba a inundar el campo. A lo lejos vimos la maciza figura del papá de Marta preparando el tractor, y tras él distinguimos, después de un rato de otear el horizonte chato, el grácil galope de la Pituca a quien montaba Marta con la cabeza gacha. Desde esa distancia adiviné más que vi su vestido blanco a pintas azules y calculé el tiempo que le habría llevado el trenzar prolijamente su pelo siempre enmarañado.

A medida que se fue acercando la yegua cobriza, pudimos ver el bulto alargado que traía Marta, apoyándolo contra el pescuezo de la Pituca. Suspiramos con resignación y montamos casi a un tiempo nuestros caballos para ir a su encuentro. Ni Antonio ni yo éramos tan buenos jinetes como ella, así que preferimos acercarnos al paso. Intercambiamos miradas desoladas por todo saludo y de inmediato partimos rumbo al arroyo.

La mañana de fines de noviembre comenzaba a florecer y el campo recibía pinceladas cálidas de luz que hacían brillar los surcos rebosantes y casi a punto para la cosecha. Sin embargo, esta vez no saludamos a gritos a los gorriones ni corrimos a alguna lagartija desprevenida; nuestra marcha fue silenciosa y solemne, acorde a las circunstancias.

Marta seguía cabalgando adelante, con su preciosa carga entre los brazos mientras las lágrimas luchaban por abrirse paso entre su tristeza y su orgullo. Nunca antes había permitido que la viéramos llorar, pero esta vez era distinto. Además, era necesario reconocer que ésa había sido una primavera algo trágica para nuestros afectos. Primero había sido Paco, juguetón y despistado, que había intentado picotear a uno de los cachorros de Lea mientras ella los estaba amamantando. Terminó convertido, de un manotazo, en una blanda y pequeña alfombra de plumas de pato en menos de un minuto. Recuerdo el dolor de Antonio que procuraba, sin lograrlo, tragarse las lágrimas al recoger los plumones y meterlos en una bolsa de arpillera para sepultarlo como correspondía a la medida de su cariño. Paco había sido tan gracioso... Solía seguir a Antonio por toda la casa, con su caminar de pato pequeño, graznando y cloqueando como si le hablara..., y deteniéndose cuando él se detenía, mientras lo miraba de hito en hito con sus ojitos como bolitas de vidrio.

Después fue uno de los cachorros de Lea, que contrajo moquillo y estuvo noches enteras hecho un tembladeral aullante hasta que quedó echado, bien muerto, junto al piletón del patio trasero. Esta vez fue mío el tiempo del llanto, pero prefiero no recordarlo. Y hacía apenas una semana, uno de los pollitos de la última camada se metió en el horno del pan, justo unos minutos antes de que lo encendieran. A ése no pudimos enterrarlo.

Y ahora, Cleopatra. Hay que reconocer que se nos había puesto a prueba demasiadas veces, pero la muerte de Cleopatra ya colmaba la medida. Y nos prometimos solemnemente que, a partir de este último entierro, ya no nos dejaríamos enternecer por ningún otro montoncito de plumas o pelos suaves, maullantes o ladradores. Cleopatra, la

gata negra de Marta, se llevaría con ella nuestra última ternura, porque la vida nos estaba enseñando, poco a poco, que la única manera de evitar el dolor era negarse a vivir las cosas buenas, porque alguna vez se terminan y uno siempre está con miedo a perderlas. De allí en más nos dedicaríamos a juntar estampillas, según lo había dicho Marta entre accesos de llanto. Cosa algo difícil cuando se vive en pleno campo. Pero, posiblemente, visitando a los vecinos para matar el tiempo, lograríamos juntar algunas. Ya no nos comprometeríamos el afecto con ningún otro animal.

Casi estábamos llegando. Una línea apretada de sauces llorones nos indicaba el lugar.

Marta desmontó con Cleopatra, envuelta en su mejor pullover, en brazos, y nos miró, inconsolable. Antonio sacó la pala que había traído atada a la montura y se puso a cavar a unos metros del agua, cerca de las otras dos tumbas, la de Paco y la del hijo de Lea. Pronto estuvo cavado el pequeño foso; la depositamos con cuidado en él y luego miramos en silencio cómo iban desapareciendo los rombos rojos del pullover de Marta, que aún envolvía a Cleopatra, bajo los terrones que arrojamos cada uno por turno con la pala. Antonio clavó en el montículo de tierra un cartelito que había pintado yo con el esmalte de uñas de mamá. Mis letras desparejas decían “CLEOPATRA” a la sombra del paraíso mayor y hacían un buen contraste con los otros dos carteles que Antonio había pintado con carbón. Después nos descalzamos (aquí hubo un hondo suspiro de alivio por parte de Antonio), nos sentamos a la orilla del arroyo y metimos los pies en el agua, sumidos en nuestros pensamientos y ya un poco más desenbarazados del empaque propio de la ceremonia.

El agua del arroyo pasaba a nuestro lado murmurando quedamente, la hierba comenzaba a entibiarse con el sol y se respiraba un suave perfume de paraísos y jacarandáes. Realmente no podíamos haber elegido mejor sitio para nuestros duelos, y nos gustaba pensar que nuestros queridos seres estaban descansando para siempre allí. Lejos de resultar una obligación acercarlos flores, era un gusto venir a visitarlos. El lugar era absolutamente nuestro y, sobre todo, hermoso.

Recuerdo que me quedé un buen rato tirada boca arriba en el pasto, con los pies todavía en el agua, pensando dónde andaría ahora el ánima de Cleopatra, si estaría rondándonos o se habría ido ya al cielo de los animales al que imaginaba como un enorme prado entre las nubes; y al mismo tiempo observaba el constante ir y venir de una pajarita azul, con algunas plumas rojizas en las alas, que llevaba alimento a su cría y cuyo nido estaba precisamente a unos metros sobre mi cabeza. Al rato advertí que Antonio también la había descubierto y le hacía señas a Marta que, por primera vez desde el día anterior, esbozó un ensayo de sonrisa. Seguimos las evoluciones del pájaro en un silencio salpicado, de vez en cuando, por algún cálido comentario, sintiendo en nuestros corazones la ternura de la escena que se desarrollaba en un ángulo del paraíso mayor.

Volvimos un poco más animados. Antonio, incluso, desmontó en una oportunidad para correr a una perdiz que cacareó como una loca mientras levantaba a medias las alas y se perdía entre los matorrales. Y nadie comentó nada sobre la colección de estampillas.

Al día siguiente, sin siquiera habernos puesto de acuerdo, nos encontramos nuevamente bajo aquel árbol y pasamos la mañana viendo ir y venir a la mamá pájaro

desde y hasta su nido. A instancias de Marta, que no se había olvidado de las margaritas para las tres tumbas, le dimos el nombre de Adelaida. Y ese mediodía volvimos casi al galope porque se nos había despertado el hambre, que veníamos reprimiendo con tristezas desde hacía dos días.

Como las casas se nos antojaban demasiado vacías con tantas ausencias, nuestras visitas al arroyo se hicieron casi una costumbre. Olvidados de la solemne promesa de no sufrir más desencantos, sólo anhelábamos conocer a los pichones, de los que habíamos podido vislumbrar, apenas, los piquitos abiertos de un color casi rojizo. Y, a pesar de que lo consumían las ganas de hacerlo, Antonio no trepó nunca al árbol para no molestar con su presencia el natural acontecer de la nidada.

Días después, cuando las crías comenzaron su aprendizaje del vuelo, supimos que eran cuatro. Nuestros gritos de alegría al verlos planear entre las ramas más altas, debieron turbar hasta el sueño de Paco, Cleopatra y el cachorro de Lea.

Y recién discutimos, después de mucho tiempo de no hacerlo, cuando no logramos ponernos de acuerdo con los nombres que les daríamos a cada uno de los pichones de Adelaida. Aún cuando supiéramos que esta vez sería mayor el desencanto, porque los pichones volarían lejos y ya no volveríamos a verlos.

Pero jamás pudimos, ni siquiera ahora que ha pasado el tiempo, resignar el placer de vivir lo que la vida nos ofrecía a cada paso. Aunque tuviéramos que vestir galas de luto para llorar mañana.